

SURDEZ E ESTRANHAMENTO: UMA PERSPECTIVA PSICANALÍTICA

LA SORDERA Y LA EXTRAÑEZA:
UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

DEAFNESS AND STRANGENESS:
A PSYCHOANALYTIC PERSPECTIVE

João Vitor Jaeger
Centro de Estudos Psicanalíticos de Porto Alegre
ORCID: 0009-0008-4298-9183
Correio electrónico: joaojaeger@hotmail.com

Luciane De Conti
Universidade Federal do Rio Grande do Sul
ORCID: 0000-0002-6022-9259
Correio electrónico: luciane.conti@ufrgs.br

Data de Recebimento: 31-10-2024
Data de Aceitação: 08-11-2024

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article
De Conti L. (2024) SURDEZ E ESTRANHAMENTO: UMA PERSPECTIVA PSICANALÍTICA
Intercambio Psicoanalítico 15 (2), DOI: DOI.ORG/10.60139/INTERPSIC/15.2.6
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

LA SORDERA Y LA EXTRAÑEZA: UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

João Vitor Jaeger¹
Luciane De Conti²

1 Psicoanalista bilingüe (portugués y Libras) miembro del Centro de Estudios Psicoanalíticos de Porto Alegre, profesor y supervisor del Instituto Horizontes, máster en Psicoanálisis: clínica y cultura de la UFRGS, traductor e intérprete de Libras.

2 Licenciatura en Psicología (1992), Maestría (1996) y Doctorado (2004) en Psicología del Desarrollo por la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, con estancia de formación (doctorado “sándwich”) en la Universidad de Nantes, Francia. Está realizando una pasantía posdoctoral en el Programa de Posgrado en Psicología de la UFMG bajo la supervisión del Profa. Dra. Andréa Máris Campos Guerra Actualmente es docente e investigadora del Departamento de Psicoanálisis y Psicopatología y del Postgrado en Psicoanálisis, Clínica y Cultura, del Instituto de Psicología de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Es una de las co-coordinadoras del Centro de Estudios en Psicoanálisis e Infancias NEPIs/UFRGS, forma parte del Grupo Interdisciplinario de Investigación, Formación, Autobiografía, Representaciones y Subjetividad Grifars/UFRN, de la Red Internacional Coletivo Amarrações y del GT de Psicoanálisis, Política y Clínica de Anpepp. Tiene experiencia en el área de Psicología y Psicoanálisis con énfasis en la narratividad, procesos de subjetivación, sufrimiento psicológico y dispositivos clínicos en situaciones de vulnerabilidad social.

Se reconoce que el psicoanálisis es la cura por la palabra desde que Anna O. le da al método utilizado para su tratamiento el nombre de talking cure (Breuer y Freud, 1893-1895/1988). En la ocasión, según lo presentado en sus estudios sobre la histeria, realizados junto a Josef Breuer, Freud (1893-1895/1988) percibió que hablar libremente tenía un efecto terapéutico, aliviándoles los síntomas a los pacientes. A partir de ello, Freud inicia la escucha psicoanalítica y crea un método para curar a sus pacientes. Tal método los invita a que hablen libremente —asociación libre—, mientras el analista escucha, también de manera libre, lo que están diciendo —atención flotante—. El encuentro del habla libre con la escucha flotante se convierte, entonces, en la piedra angular de la clínica psicoanalítica. Además, para facilitar el habla y la escucha. Freud se sentaba detrás de sus pacientes y los invitaba a que se acostaran en el diván, para que se sintieran como en sus casas, lejos de las miradas y de los escrutinios mutuos. De esa manera, ambos, paciente y psicoanalista, se sentían aún más a gusto para hablar (paciente) y escuchar (psicoanalista) libremente. El método resultó eficaz en la cura de las afecciones del alma.

Esta escena es bastante común entre los psicoanalistas: el paciente se acuesta en el diván mientras el analista se sienta detrás. Esto se vuelve posible cuando el diálogo ocurre en el encuentro de la palabra que sale por la boca con los oídos atentos del que la escucha.

Hasta el momento, hemos planteado el habla y la escucha en el terreno propio de la audición, que reconoce en el sonido el medio posible para la comunicación. O sea, tomamos el habla por la oralización. Sin embargo, la comunicación no ocurre solamente a través de la boca y de los oídos. Existen otras maneras de comunicarse. Nos referimos aquí a las lenguas de señas, propias de los sordos.

Las lenguas de señas son visuales y, consecuentemente, gestuales. Eso quiere decir que la palabra no sale por la boca, sino por las manos, y que la escucha no ocurre a través de los oídos, sino a través de los ojos. El que suele utilizar una lengua de señas comprende naturalmente esa diferencia. Sin embargo, al que no está familiarizado con tal medio de comunicación, esa lengua le puede resultar extraña. De la misma forma, al oyente, el contacto con una persona sorda también le puede resultar extraño.

Habitualmente, el psicoanálisis, debido a que es la cura por la palabra —normalizada hegemónicamente como la palabra oralizada—, estuvo restringido a los que se comunican a través de una lengua oral. Así, se los han impedido históricamente a los sordos de beneficiarse del tratamiento psicoanalítico. Pensar la realización del psicoanálisis en lengua de señas les puede resultar a muchos inusual o extraño, incluso. Es con esa extrañeza que el psicoanálisis recibe, en su territorio histórico-clínico, a la persona sorda, aunque esta se esté volviendo una realidad posible, como señalan los estudios de Solé (2005), Souza (2021) y Halabe (2018). Este texto, por lo tanto, se sitúa junto a los estudios psicoanalíticos que señalan un horizonte más amplio y accesible a las personas sordas.

Freud, a lo largo de su obra, mencionó algunos conceptos del psicoanálisis que han presentado variaciones o discordancias teóricas entre los académicos, según Trachtenberg (2013). Se refirió a tales conceptos utilizándose de un pasaje bíblico¹ donde se encuentra una palabra utilizada como código o contraseña para distinguir a los enemigos de los aliados. El término en cuestión es shibboleths. La forma como se pronunciaba la primera sílaba —Shibolet o Sibolet— indicaba la procedencia del fugitivo. En español, la palabra significa “cualquier uso de la lengua indicativo del origen social o regional de una persona. De forma más amplia, puede señalar cualquier práctica que identifique a los miembros de un grupo”² Según Trachtenberg (2013),

El inconsciente, la teoría de los sueños, la sexualidad infantil y el complejo de Edipo son, por lo tanto, para Freud, los shibboleths, que definen una identidad: ser psicoanalista. Establecen fronteras demarcadas, no transitables, separando los “partidarios” de los “adversarios” del psicoanálisis; los seguidores de sus fundamentos de los que los niegan o que deben “renunciar para siempre a comprenderlos” (p. 56, traducción propia).

En el campo de los Estudios Sordos³, encontramos también un término escrito de dos distintas maneras que señalan caminos conceptuales opuestos: sordo y Sordo. Sordo, con la primera letra mayúscula, “se refiere a aquel que forma parte de una minoría lingüística y cultural con costumbres, normas, valores y una constitución física distintos” (Lane, 2002, p. 284, traducción propia). A su vez, sordo, con la primera letra minúscula, significa la pérdida auditiva, la discapacidad, y otros discursos que no reconocen la Sordera (Wrigley, 1997). Estamos aquí delante de un término que, de acuerdo con la forma en que está escrito, denota el marco discursivo y la perspectiva del que lo utiliza.

Con el fin de situar un estudio que aborda un tema poco común, y de la forma en que lo proponemos en este texto, extranjero para el psicoanálisis, es esencial que encontremos, además de los que Freud mencionó, otros shibboleths. En este sentido, con el fin de encontrar la marca fonética del extranjero, podemos preguntarles a los que se acercan al terreno de la Sordera cómo se refieren al Sordo: si con inicial mayúscula o minúscula.

El habla, tan importante para la práctica psicoanalítica, también presenta puntos de tensión frente a la Sordera. ¿Sería el habla otro concepto límite? Le preguntamos también al lector: ¿Hablar es una acción estrictamente oral y ocurre exclusivamente a través de la lengua oral o no se limita a lo acústico y puede ocurrir también de forma gestual a través de una lengua de señas? Cada una de las elecciones implica un punto de vista que puede, en ciertas ocasiones, imponerse como un punto de inflexión o una barrera infranqueable en los caminos que llevan a formulaciones teóricas y, consecuentemente, a la práctica clínica.

1 Jueces, capítulo 12, versículos 5 y 6: “Y los galaaditas tomaron los vados del Jordán a los de Efraín; y aconteció que cuando decían los fugitivos de Efraín: Quiero pasar, los de Galaad les preguntaban: ¿Eres tú efrateo? Sí, él respondía: No, entonces le decían: Ahora, pues, di Shibolet. Y él decía Sibolet; porque no podía pronunciarlo correctamente. Entonces le echaban mano, y le degollaban junto a los vados del Jordán. Y murieron entonces de los de Efraín cuarenta y dos mil”.

2 Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Shibboleth>.

3 Según Skliar (2016, p. 5, traducción propia): “Los Estudios Sordos son un programa de investigación en educación a través del cual las identidades, las lenguas, los proyectos educacionales, la Historia, el arte, las comunidades y las culturas sordas se enfocan y se entienden desde la diferencia, desde su reconocimiento político”.

Percibimos con extrañeza la necesidad de establecer nuevos parámetros al avanzar hacia un territorio extranjero o al invitar a un extranjero a nuestro hogar. Los Sordos y la Sordera son extranjeros y no familiares frente al campo teórico-clínico del psicoanálisis.

En este trabajo, por lo tanto, pretendemos abordar, utilizando el marco psicoanalítico, la temática de la sordera desde una perspectiva cultural dominante y oyentista⁴. Para ello, proponemos hacer que nuestra reflexión siga dos caminos: 1) Lo no familiar en el contacto con el sordo; 2) la extraña extranjería del sordo.

Nos gustaría aclarar de antemano que la palabra alemana Unheimlich, de la manera que la utilizó Freud, tiene diversas traducciones al español: extraño, inquietante, no familiar, siniestro. Para este texto, elegimos dos: extraño y no familiar. Ambas traducciones llevan consigo los elementos morfo-etimológicos suficientes para que abordemos el tema propuesto. Lo no familiar corresponde a lo que Freud (1919/1976a) argumenta en el texto *Das Unheimlich* y se muestra una versión precisa de la ambivalencia propia que contiene la palabra. Así, Unheimlich y no familiar contienen la afirmación de lo que es familiar y la negación de la familiaridad, conforme lo que abordaremos más adelante. A su vez, lo extraño, atravesado por la no familiaridad, nos conduce a otro territorio; nos lleva hacia lo extranjero.

La Sordera y lo no familiar

El tema de lo extraño, según Freud, “se relaciona indudablemente con lo siniestro, con lo que causa miedo y terror” (Freud, 1919/1976a, p. 276, traducción propia). Además, añade que “se puede reunir las propiedades de personas, cosas, impresiones sensoriales, experiencias y situaciones que afloran el sentimiento de extrañeza” (Freud, 1919/1976a, p. 277, traducción propia).

Para explorar el tema, Freud empezó una investigación lingüística buscando en la propia palabra los elementos que confirmarían su hipótesis. En este sentido, él comprendía que, en la palabra alemana Unheimlich, se encuentra también lo heimisch. O sea, en lo no familiar está lo familiar. El prefijo un, en alemán, es una negación —precisamente como el in del español—. Así, Freud concluyó que “Unheimlich es lo que alguna vez fue heimisch y el prefijo un es la señal de la represión” (Freud, 1919/1976a, p. 305, traducción propia). Citando a Schelling, Freud anuncia que “Unheimlich es el nombre de todo lo que debía haber permanecido... secreto y oculto, pero salió a la luz” (Freud, 1919/1976a, p. 281, traducción propia).

Siguiendo las reflexiones de Freud, encontramos una cuestión subyacente: ¿Lo que una vez fue familiar y también reprimido vuelve como algo extraño o no familiar, causando miedo, terror e incluso malestar? Freud busca en el cuento fantástico *El Hombre de Arena*, de Hoffmann, los elementos para formular una respuesta.

4 El oyentismo, según Skliar (2016, p. 15, traducción propia), “es un conjunto de representaciones de los oyentes desde el cual el sordo está obligado a mirarse y narrarse como si fuera oyente”.

En la concepción de Freud, la historia no gira solamente alrededor del hecho de que Nataniel se enamora de la muñeca Olimpia. Freud señala hacia otro ángulo: “El tema principal de la historia es el “Hombre de Arena” que les saca los ojos a los niños” (Freud, 1919/1976a, p. 285, traducción propia). De esa manera, el efecto de extrañeza que genera la lectura de la historia tiene que ver con lo siniestro de perder los ojos. Estamos, entonces, delante de una historia que presenta el peligro no solo de perder, sino también de que alguien se nos saque los ojos por desobedientes —en el caso de los niños, por no respetar la hora de dormir—. Para Freud (1919/1976a), ese miedo corresponde al más terrible temor de los niños y añade el hecho de que los adultos también lo sienten. El miedo a quedarse ciego, por lo tanto, se presenta como sustituto del temor a la castración. Además del miedo a la ceguera, Freud también considera que “la amenaza de la castración provoca de modo especial una emoción particularmente violenta y oscura, y es tal emoción que, antes que nada, tiñe de intensos colores la idea de perder otros órganos” (Freud, 1919/1976a, p. 289, traducción propia). Encontramos en ese trecho la posibilidad de pensar lo extraño en relación con el tema de la sordera. Luego, la persona sorda denuncia haber sido castrada debido a la pérdida de la audición. Entonces, el sordo, comparado con el oyente, es el que “perdió” su audición, el que fue privado de la capacidad de escuchar, el que fue castrado.

Siguiendo ese camino, Freud señala que ‘el fenómeno del doble’ se relaciona con lo extraño, lo no familiar. El ‘doble’ estaría en el ámbito de los personajes —podemos añadir a personas—, que “deben ser considerados idénticos porque se parecen semejantes, iguales” (Freud, 1919/1976a, p. 293, traducción propia). En ese sentido, Freud añade que el fenómeno del ‘doble’ también puede manifestarse a través de la identificación del sujeto con otra persona. Eso sería una consecuencia de una duplicación, división e intercambio del yo con el otro. La parte duplicada sería, entonces, proyectada en el otro y “volvería presentando los mismos aspectos y características de las actividades en general, pasando de generación en generación” (Freud, 1919/1976a, p. 293, traducción propia).

Según Rank (1925/2014), el fenómeno del ‘doble’ surge como un recurso psíquico para soportar el pensar sobre la muerte. Sin embargo, el mismo fenómeno que surge como defensa y posibilidad de una vida eterna también retorna como una forma de amenaza, como un mensajero de la aterradora destrucción eterna, como un mensajero de la muerte (Rank, 1925/2014). En ese sentido, el otro, el ‘doble’, es aterrador porque anuncia la castración.

Consecuentemente, podemos considerar que, en relación con el tema de la sordera, para el oyente, el sordo es el que retorna como el mensajero de la castración porque presenta en su propio cuerpo la marca de la pérdida, de la privación. Frente a eso, al oyente le resulta difícil identificarse con el sordo pues encuentra, en la diferencia de percepción auditiva, una barrera. A través de la identificación, según Freud (1921/1976b), el ego de una persona podría moldearse con el objetivo de hacerse reconocer en otra persona. Lo que se observa a lo largo de la historia de los sordos es lo opuesto a esa afirmación.

De ese modo, el sordo tensiona en el oyente el ideal narcisista de un cuerpo pleno, completo. En otras palabras, tensiona su experiencia de totalidad. Diciéndolo aún de otra forma, el sordo confronta la búsqueda del oyente por un "ego ideal, el cual, como el ego infantil, se encuentra poseído de toda perfección de valor" (Freud, 1914/1974b, p. 111, traducción propia). Al sordo, muchas veces, lo comprenden solamente como un cuerpo roto que hay que arreglar. Por consiguiente, el sordo "será siempre un cuerpo que necesita arreglo, actualizaciones, mapeos, análisis clínicos, acompañamiento y rehabilitación. Será siempre un cuerpo que hay que corregir" (Rezende, 2012, p. 78, traducción propia).

En ese sentido, el discurso médico se apropia del sordo y lo explota, investiga, estudia, enfocándose solamente en la anatomía de su oído con el fin de hacer que escuche como los oyentes. Aislándose de cualquier subjetividad, la medicina busca métodos de intervención y terapias que puedan restituir la audición del sordo. Siguiendo tal lógica, se adopta al oyente como parámetro de normalidad y, a su vez, se encuentra en el sordo un modelo de discapacidad.

Siguiendo a Freud en su exploración acerca de qué es Unheimlich, encontramos entre las cosas que pueden causar extrañeza: "miembros arrancados, cabezas decepadas, manos cortadas por la muñeca..., pies que bailan solos". Tal extrañeza, afirma Freud, "surge de la cercanía al complejo de castración" (Freud, 1919/1976a, p. 304, traducción propia). Podemos comprender, a partir de esa afirmación, el sentimiento de extrañeza que puede causar una persona considerada discapacitada. Cabe señalar que ese efecto debe ser considerado en un contexto en que se toma el opuesto como norma y parámetro. En ese sentido, al sordo lo reciben como el anunciador de la castración, siempre y cuando esté inserto en un contexto que tome la normalidad como el opuesto de sí mismo, o sea, que considere estándar al oyente.

Al final del texto, Freud (1919/1976a) plantea una cuestión en relación con el miedo infantil al silencio, a la oscuridad y a la soledad. Él se pregunta cuál es el origen de esos sentimientos y si se relacionarían, de alguna forma, con el sentimiento de extrañeza. Sobre eso, Freud, (1905/1989) defiende que serían expresiones del miedo infantil de perder a un pariente querido. La oscuridad, el silencio y la soledad denotarían la desaparición del objeto amado, haciendo, entonces, que el niño sintiera miedo.

El silencio, mejor dicho, el malestar que puede provocar el silencio, nos interesa de sobremanera. Una cuestión fundamental sobre cuando los oyentes se acercan a los sordos es la imaginación de un universo absolutamente silencioso. El oyente imagina que el universo del sordo está completamente privado de cualquier ruido o sonido. Según Lane (1992), ese pensamiento es francamente aterrador y se acerca a las proyecciones que produce el oyente en relación con su supuesto par opuesto sordo. Siguiendo, entonces, una lógica binaria, la experiencia de estar en el mundo, en relación con el sonido, se modularía entre sonido/no sonido. Esos pensamientos, conforme Lane (1992), dicen más del egocentrismo del oyente que efectivamente de la percepción acústica.

El miedo de perder la audición también puede tener relación con la fantasía de que la persona que no escucha estaría condenada al aislamiento, pues, si no puede escuchar, tampoco puede comunicarse. La pérdida auditiva, conforme se imagina desde la perspectiva del oyente, se presenta como la experiencia de un silencio absoluto y angustiante que le impone al que no escucha el aislamiento. En ese sentido, la persona privada de la audición estaría condenada a la salvajería, sin poder comunicarse a través del habla oral, una vez que no puede escuchar (Perlin y Quadro, 2006).

Conforme Wrigley (1997),

Para el oyente, la sordera representa la pérdida de la comunión; el quedarse afuera del mundo. En términos cosmológicos, es la marca de un desfavor. Es una alteridad estigmatizada, que debe ser vista desde la piedad y, así, quedarse al margen del reconocimiento social. El 'silencio' de los sordos representa un castigo o, en el mejor de los casos, la soledad y el aislamiento. Debido a ello, se estimula el apoyo mediante la caridad porque se cree que es una respuesta (p. 17, traducción propia).

Alejada de la comunicación, entonces, la persona que no escucha estaría condenada al aislamiento o a estar bajo el control de la que escucha. Silencio absoluto, castigo social, discapacidad intelectual, capacidad simbólica limitada, entre otras formas de prejuicio, son formulaciones del imaginario oyente que inferiorizan al sordo, y el oyente utiliza esos argumentos como justificación para prácticas de dominación y colonización (Skliar, 2016).

Hasta aquí, hemos adoptado la perspectiva del oyente y de su extrañeza, incómodo y malestar frente a una persona sorda, pues él aún ve al sordo como a un oyente que ha sido privado de una capacidad. Tal argumento corrobora con la perspectiva médica, que, históricamente, ha luchado para crear medios de restitución auditiva. En ese camino, al sordo lo ven como a un oyente que necesita que lo arreglen. Debido a ello, al sordo lo han obligado a reproducir el modelo oyente de estar en el mundo, impidiendo que desarrollara su cultura y sus propias maneras de ser y existir.

El tema de la extrañeza, conforme lo presentado hasta aquí, ha girado en torno a un parámetro eminentemente biológico, pues hemos tomado el tema aún centrado en la audición —en la presencia o la ausencia de esta—. Sin embargo, el tema exige un descentramiento. Se hace necesario considerar otros aspectos en relación con el tema de la sordera y los trataremos de delimitar a continuación.

La sordera y la extranjería

El extranjero, conforme señala Koltai (2000, p. 21, traducción propia), “según el censo común, es alguien que viene de otro lugar, que no está en su país y que, aunque en ciertas ocasiones puede que sea bienvenido, en la mayoría de las veces, corre el riesgo de que lo manden de regreso a su país de origen, de que sea repatriado”. En línea con lo que afirma la autora, añadimos, con el objetivo de reflexionar sobre el tema, además del aspecto geopolítico, la dimensión lingüística. Estamos de acuerdo con lo que dice Derrida: “El extranjero es, antes que nada, ajeno al idioma del derecho en el que está formulado el deber de hospitalidad” (Derrida, 2003, p. 15, traducción propia).

Considerando ambos aspectos mencionados arriba, entendemos que el extranjero viene de otro lugar; él no es de aquí y habla otra lengua. Esa doble marca que lo vuelve fácilmente identificable es de cierta manera ambivalente. Según Koltai (2000),

Extranjero (énfasis de la autora) puede ser tanto el Otro enemigo —inmigrante, árabe, del interior, negro o judío, dependiendo de la cultura y de la época— como aquel que fascina porque sobrevivió a la separación. Objeto identificadorio y contra-identificadorio. Frente al extranjero uno nunca permanece indiferente porque es como si esa persona tuviera que hacer existir fuera de su cuerpo algo que es de su interior. ¿Y si el Otro soy yo mismo? (p. 18, traducción propia).

La cita arriba corrobora con el tema del ‘doble’ discutido anteriormente, en el sentido de pensar ese Otro que viene de afuera y se presenta de forma distinta en sus hábitos y lengua, que desafía la omnipotencia del que lo recibe. También podemos pensar en el sentimiento aterrador que experimenta el oyente al verse delante del Otro sordo y preguntarse: ¿Y si yo me volviera sordo?

En ese sentido, “el extranjero sacude el dogmatismo amenazador del logos paterno” (Derrida, 2003, p. 7, traducción propia) y cuestiona las leyes que gobiernan los cambios simbólicos del pueblo donde pide asilo, “como si el Extranjero debiera empezar cuestionando la autoridad del patrón, del padre, del jefe del hogar, del ‘dueño del lugar’, cuestionando el poder de hospitalidad” (Derrida, 2003, p. 7, traducción propia).

Al extranjero lo ven como loco, como el que desconoce las normas del lugar donde pide asilo. Derrida cita la respuesta del extranjero a Teeteto:

“Tengo entonces miedo de que lo que dije pueda hacerte verme como un desequilibrado” (Derrida, 2003, p. 11, traducción propia). Al hacer un breve comentario sobre la traducción de ese pasaje, Derrida (2003, p.11, traducción propia) resalta que el término en griego se refiere “literalmente a un loco, a un lunático que pone todo patas arriba”.

Es interesante pensar en esa expresión que nos habla de la locura: “poner patas arriba”. Nos interesa porque nos permite hacer una paráfrasis que denota a la vez extrañeza y disparate, si pensamos en la teoría y clínica psicoanalíticas realizadas con sordos. Podríamos decir que la sordera —el sordo extranjero—, al entrar en el terreno del psicoanálisis, promueve una inversión en los presupuestos básicos de la escucha “poniendo patas arriba” lo que entendemos por comunicación. Eso porque la escucha clínica realizada con sordos, diferentemente de lo que estamos acostumbrados, ocurre a través de una comunicación que utiliza una lengua visual y gestual; una lengua que nos hace hablar con las manos y escuchar con los ojos.

Así, lejos del extranjero debido a diferencias culturales, el otro dominador se esfuerza para garantizar su soberanía y percibe al extranjero como enemigo y objeto de hostilidad. A raíz de esa formulación, Koltai (2000, p. 24, traducción propia) comenta que el extranjero es fruto de un sobrante no identificado como familiar al sujeto y añade que “surge, entonces, como la figura ideal para fijar ese objeto no identificado”. A ese otro, extranjero, lo reconocen como no familiar y, por eso, lo mantienen alejado del convivio, lo miran con desconfianza.

En ese sentido, el extranjero lleva consigo las proyecciones de lo que el sujeto rechaza en sí mismo. Aquí encontramos un punto de convergencia donde el extranjero es tanto extraño como no familiar. Una cuestión se impone: ¿Cómo sostener la idea de que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos si al prójimo lo desconocemos, viene de tierras que desconocemos y habla una lengua que desconocemos?

Según Oliveira (2016), el Sordo es un extranjero en su propio país porque no viene de otras tierras, sino que nace en el mismo territorio, en la misma nación; las mismas leyes estatales que lo gobiernan, gobiernan también al oyente. A pesar de eso, el Sordo vive como un extranjero, pues su lengua y modos de vida son diferentes de los del oyente.

Laborit (2000), una actriz sorda, expone en su biografía el sentimiento de extrañeza, de sentirse una extranjera. Comenta que, entre sus parientes oyentes, solía sentirse extraña. No se identificaba con ellos. En una familia oyente, viviendo la cultura oyente, estando rodeada de la lengua del oyente, a la persona sorda le resulta difícil encontrar su lugar. El sordo es un extranjero que no viene de afuera, sino que del núcleo donde vive. De esa forma, los parientes oyentes tampoco se identifican con el miembro sordo de la familia, no hablan su lengua, no logran comunicarse plenamente con él y terminan, aunque no intencionalmente, aislándolo del convivio.

De acuerdo con Wrigley (1997, p. 13, traducción propia), “la sordera es un país sin territorio. Es una nacionalidad sin un origen geográfico”. Debido a que comparte con sus semejantes costumbres, modos distintos de ser en el mundo, cultura e identidad diversas, el sordo es un ciudadano muchas veces considerado extranjero en su propio país. Además, Skliar (2016) afirma que la sordera es un tema muy amplio y complejo, pues, para pensar sobre el sordo, se debe considerar también aspectos raciales, de género, sociales, económicos, etc.

Freud, en *El Malestar en la Cultura*, afirma que las personas y los pueblos son propensos a la agresividad y que, para que las sociedades no se desintegren debido a las amenazas de destrucción, la humanidad necesita “realizar esfuerzos supremos con el objetivo de establecer límites a los instintos agresivos” (Freud, 1930/1974a, p. 134, traducción propia). Sin embargo, incluso con esos esfuerzos, los pueblos encuentran caminos para satisfacer esos sentimientos. Según el autor, los grupos culturales menores son objeto de destrucción y sirven como una válvula de escape para la agresividad de los grupos que son comparativamente mayores. A las minorías, por ejemplo, las atacan de diversas formas, desde prácticas discursivas y prácticas de control y dominación hasta agresiones físicas. La exclusión, el aislamiento y el aprisionamiento de lo diferente es un intento de los grupos hegemónicos de garantizar su soberanía. En el contacto con el sordo, al desconocer su lengua y su cultura, el oyente se ve obligado a forzar al sordo a utilizar la lengua oral o a hacerlo a un lado, dejándolo incomunicable y aislado en su universo de silencio. Tal práctica va en contra de lo que piensa Freud.

“El psicoanálisis entiende por ‘identificación’ la más remota expresión de un lazo emocional con otra persona” (Freud, 1921/1976b, p. 133, traducción propia). Ya que no logra identificarse con el sordo, al oyente le resulta difícil establecer un lazo emocional con él, de la misma forma que a la mayoría le resulta difícil identificarse con la minoría y establecer con ella lazos emocionales. “La psicología de grupos se interesa así por el individuo como miembro de una raza, de una nación, de una casta, de una profesión, de una institución, o como parte de una multitud que se organiza en grupos, en una ocasión determinada, con un objetivo definido” (Freud, 1921/1976b, p. 92, traducción propia).

Resaltamos la idea que trae Freud de que la psicología de grupos se interesa por el individuo como miembro de una categoría. Mencionamos algunas arriba, pero debemos añadir dos que están de acuerdo con las formulaciones que hemos expuesto a lo largo de este artículo: sordo y oyente. En este sentido, debemos considerar también los aspectos identificatorios en relación con la sordera.

Al hablar del odio y la persecución al pueblo judío, Freud señala las características de ese pueblo, que funcionan como una justificación para las persecuciones y los ataques. Los judíos, en las palabras de Freud (1939/1975),

Viven en minoría entre otros pueblos. [...] No son fundamentalmente distintos, pues no son asiáticos, ni de una raza extranjera, según lo afirman sus enemigos. [...] Son, sin embargo, diferentes, frecuentemente diferentes de manera indefinible, [...] y la intolerancia de los grupos es casi siempre, de modo bastante extraño, practicada más intensamente contra pequeñas diferencias que contra diferencias fundamentales (p. 111, traducción propia).

Notemos, a partir de la cita arriba, que Freud habla de las pequeñas diferencias entre los pueblos, pero el tema no se restringe a eso. Él entiende, además, que esas pequeñas diferencias participarían del desarrollo de los sentimientos de hostilidad y extrañeza también entre las personas que, a pesar de las pequeñas diferencias, son semejantes. Freud le puso a eso el nombre de narcisismo de las pequeñas diferencias (Freud, 1930/1974a).

A raíz de lo que se mencionó sobre las condiciones que imponen los oyentes a los sordos, la extinción del uso de la lengua señas es una marca expresiva de violencia. Desde que se empezó a considerar al sordo un participante de la categoría de lo extraño y lo siniestro, un extranjero, miembro de una minoría, los oyentes han realizado muchas prácticas de exclusión. Una de las expresiones máximas del aislamiento forzado de los sordos, que han provocado los oyentes con su intolerancia, está en la figura de Alexander Graham Bell, como narra Wrigley (1997). El famoso inventor del teléfono fue también un entusiasta de la segregación de los sordos. Para él, se debería impedir el matrimonio de una pareja sorda para que se evitara en la especie humana el desarrollo de un gen de la sordera. Además, observamos en el Congreso de Milán, que ocurrió en 1880, la expresión del rechazo de los oyentes hacia los sordos. En esa ocasión, durante el congreso que se realizó con el objetivo de decidir el futuro de los sordos, la mayoría votó por la extinción de la lengua de señas de las escuelas y por la priorización de la enseñanza de la lengua oral para los sordos. Pusieron al sordo al margen de la sociedad, corroborando con las prácticas eugenésicas de exclusión, como señala Foucault (2010).

Refiriéndose al narcisismo de las pequeñas diferencias, Freud (1930/1974a) comenta que estaría presente en las riñas entre pueblos adyacentes como españoles y portugueses, y alemanes del norte y alemanes del sur, por ejemplo. Esa es una conclusión que sacó Freud en relación con una propensión de la humanidad a la agresividad. "Los sordos son una minoría lingüística", como afirma Mottez (1979/2017, p. 28, traducción propia). Eso implica reconocer que esa minoría tiene una lengua propia que la mayoría no comprende. El sordo, siendo un extranjero en su propia patria, tensiona la figura del oyente, retirándolo del centro de la soberanía. Sin embargo, también queda fuera de la gran mayoría de las interacciones sociales, ya que son los oyentes quienes las organizan, para sí mismos, basadas en la lengua oral y en su versión erudita, la lengua escrita. Incluso, debido a la conexión entre la lengua hablada y la lengua escrita, diversos sordos son considerados iletrados funcionales (Guarinello, 2009).

Lane (2005, p. 292, traducción propia), afirma que “el ‘mundo sordo’ es un grupo étnico”. Por lo tanto, presenta sus características propias en el convivio entre los pares, formas de nombrar a sus participantes, además de diversos otros elementos que saca a la luz para sostener su argumento. Se evidencia, entonces, que la identidad del sordo no debe considerarse únicamente en función de su relación con el oyente. En ese sentido, se debe considerar al sordo como alguien autónomo e independiente, sin tomar la audición como norma ni referencia.

Sabiendo que los sordos son una minoría lingüística, podemos comprender con más claridad, gracias a lo que formuló Freud, la historia de violencia, control, dominio y segregación que han vivido los sordos bajo imposiciones de los oyentes. Skliar nombró los diversos tipos de violencia que sufren los sordos bajo el control de los oyentes como oyentismo. Entre tales violencias está el esforzado intento de extinguir el uso de las lenguas de señas. Además de eso, los oyentes obligan a los sordos a seguir sus mismos modelos de vida.

Mottez (1979/2017, p. 26, traducción propia) comprende que “pertener a una minoría significa también, y finalmente, ser objeto, por parte de la mayoría, de una cierta desconfianza y de un cierto desprecio (énfasis del autor)”. Las ideas de Mottez corroboran con la lectura freudiana en relación con la violencia entre los pueblos. Empezamos a entender, de esa forma, los elementos de la extrañeza y de lo no familiar que componen el malestar que existe entre oyentes y sordos.

Foucault (1978, p. 19. traducción propia), al hablar de los locos, afirma que “si la locura conduce a todos hacia un estado de ceguera donde todos se pierden, el loco, por el contrario, le recuerda a cada uno su verdad”. Las pequeñas diferencias denuncian una diferencia fundamental: no hay ninguna cosa que sea igual a otra. Además, la incomunicabilidad, la dificultad que tiene el oyente de establecer un diálogo con el sordo denuncia, a su vez, otra verdad, tan importante para el psicoanálisis: la comunicación plena es imposible.

Un camino a la hospitalidad

Hasta aquí, hemos abordado el tema de la sordera a través de las nociones de lo no familiar y de lo extranjero. Señalamos el malestar que existe en la tensión entre las diferencias y cómo han llevado tal malestar a actitudes extremas en la relación de los oyentes con los sordos. Sin embargo, en el momento, cabe señalar hacia un horizonte en el que sea posible una relación. Es evidente que podemos explorar el tema a través de la hospitalidad, abriendo las puertas para recibir al extranjero, al Otro, a lo no familiar. Empecemos por como Derrida (2003) comprende el comienzo de la hospitalidad.

¿Debemos pedirle al extranjero que nos comprenda, que hable nuestra lengua, en todos los sentidos del término, en todas las extensiones posibles, antes y con el objetivo de acogerlo entre nosotros? Si ya hablara nuestra lengua, ¿el extranjero seguiría siendo un extranjero y aún se hablaría de él en términos de asilo y hospitalidad? (p. 15, traducción propia)

Si estamos en contacto con sordos, nos exponemos no solamente a la lengua de señas, sino también a una nueva cultura y modos de relacionarnos. Strobel (2009) enumera algunos artefactos culturales propios de la cultura sorda. La autora sorda entiende por artefacto cultural “lo que, en la cultura, constituye producciones del sujeto que tiene su propio modo de ser, ver, entender y transformar el mundo” (p. 39, traducción propia). De los ocho artefactos que expone la autora, destacamos la experiencia visual y lingüística. Conforme Wrigley (1997, p. 29, traducción propia), “la sordera es eminentemente una experiencia visual”, de la que deriva la comunicación a través del uso de una lengua de señas —otro artefacto cultural—.

Considerar la visualidad un aspecto principal en el terreno de la sordera descentra la idea de que esta tiene que ver con la audición. Trabajamos, entonces, con la idea de que la audición —o la pérdida de ella— es un problema únicamente para el oyente. Según Wrigley (1997, p. 15, traducción propia), “el grado de la pérdida auditiva les importa poco a los miembros de la comunidad sorda. Lo que de verdad importa y hay que tener en cuenta es el uso de la lengua de señas”. En ese sentido, podemos comprender que la comunicación es la prioridad.

Una vez que empezamos a reconocer la extranjería inherente a la sordera y a presenciar las experiencias análogas a las mencionadas arriba que viven los sordos en el convivio con los oyentes, empezamos también a considerar a los sordos personas “sin lugar”. Sin embargo, debemos aclarar que esta no es una práctica deliberada de los sordos, sino una condición muchas veces forzada por el oyente. Los sordos tienen su lengua como un elemento fundamental y una marca identitaria. La lengua de señas, su uso y manutención, es un logro de los sordos que no debemos despreciar.

Derrida (2003, p. 79, traducción propia) afirma que “las personas ‘sin lugar’, los exiliados, los deportados, los expulsados, los desterrados y los nómadas tienen en común dos suspiros, dos nostalgias: sus muertos y su lengua”. Por lo tanto, ¿debemos pedirle al sordo que hable la lengua del oyente? ¿Debemos exigirle que hable una lengua que para él es extranjera? Tras reconocer el estatus lingüístico de la lengua de señas (Stokoe, 1960) y sabiendo que es una marca identitaria del pueblo sordo, ¿debemos obligarlos aún a que se comuniquen en los moldes de la comunicación oral de los oyentes?

De la misma forma, debemos cuestionarnos en relación con eso cuando consideramos la llegada del sordo al campo teórico-clínico del psicoanálisis. ¿Qué hospitalidad le ofrecemos a ese extranjero que cuestiona los fundamentos de una teoría y clínica basadas mayoritariamente en la oralización? ¿Qué esfuerzo hacemos para adecuar a los sordos en un escopo teórico? ¿Qué transformaciones en la lógica de operación de los conceptos debemos realizar? ¿Se ofrece, por lo tanto, hospitalidad o aún hay resistencias que, de manera hostil, cierran las puertas frente a la presencia extranjera?

Derrida (2003) señala una lectura de Benveniste en relación con la palabra hospitalidad. Lo que dice indica también el encuentro con una palabra antitética. En la hospitalidad, o en su reverso, estaría la presencia de la hostilidad. Así, al extranjero (hostis) lo reciben como huésped, pero también como enemigo (Derrida, 2003, p. 41, traducción propia). El sordo es conciudadano, pero actuamos como si fuera extranjero. De la misma forma que sentimos que el contenido reprimido, que brota desde adentro, familiar, heimisch, es algo totalmente extraño. Esa extrañeza posibilita la práctica de la exclusión, en la ausencia de una capacidad hospitalaria.

Ya que viene de un país sin territorio y habla una lengua distinta, al sordo lo debe recibir el analista como se recibe a un extranjero. No solamente en los consultorios de psicoanálisis, sino también en su campo teórico. El sordo, debido a su estatus de extranjero, sacude el dogmatismo amenazador de una teoría y una clínica basadas principalmente en la lógica oyentista.

En consonancia con lo que dice Derrida (2003, p. 69, traducción propia),

Digamos sí al que llega (énfasis del autor), antes de cualquier determinación, antes de cualquier anticipación, antes de cualquier identificación, sea esa persona un extranjero, un emigrado, un invitado o un visitante inesperado, sea o no el que llega un ciudadano de otro país, un ser humano, animal o divino, alguien vivo o muerto, masculino o femenino (p. 69, traducción propia).

Digamos sí al sordo que llega al consultorio de análisis, en el campo teórico del psicoanálisis y recibámoslo con una hospitalidad absoluta, que no se impone como deber o caridad (Wrigley, 1997), o como una actitud hostil disfrazada de benevolencia (Lane, 1992).

Referencias Bibliográficas

- Breuer, J. (1988). Srta. Anna O. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad. Vol. 2, pp. 57-78). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
- Derrida, J. (2003). Da Hospitalidade. Escuta.
- Foucault, M. A História da Loucura na Idade Clássica (1961). 5. ed. São Paulo: Perspectiva, 1997.
- Freud, S. (1974a). O Mal-estar na Civilização. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 21, pp. 75-174). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1930)
- Freud, S. (1974b). Sobre o Narcisismo: uma introdução. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 14, pp. 85-122). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1975). Moisés e o Monoteísmo. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 23, pp. 13-164). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1939)
- Freud, S. (1976a). O Estranho. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 17, pp. 271-318). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1919)
- Freud, S. (1976b). Psicologia de grupo e a análise do Ego. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 18, pp. 89-182). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1921)
- Freud, S. (1989). Três ensaios sobre a teoria da sexualidade. In S. Freud, Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud (J. Salomão, Trad., Vol. 7, pp. 118-230). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1905)
- Guarinello, A. C. (2009) Surdez e letramento: pesquisa com surdos universitários de Curitiba e Florianópolis. Rev. Bras. Ed. Esp., Marília, v.15, n.1, p.99-120, ene.-abr. 2009.
- Halabe, D. J. E. (2018). A psicanálise realizada em Libras: Demandas e desafios na clínica com pacientes surdos. Tesis doctoral, Pontifícia Universidad Católica de São Paulo, São Paulo.
- Koltai, C. (2000). Política e psicanálise: o estrangeiro. Escuta.
- Laborit, E. (2000). O grito da gaivota. Editorial Caminho.
- Lane, H. (1992). A máscara da benevolência: a comunidade surda amordaçada. Instituto Piaget.
- Lane, H. (2008). Do Deaf people have a disability?. In. H. Dirksen & L. Bauman (Ed.), Open your eyes: Deaf studies talking (pp 277-292). Gallaudet University Press.
- Mottez, B. (2017). Os surdos como minoria linguística. Revista Espaço, 48: 21-34. Rio de Janeiro. (Originalmente publicado en 1979).
- Rank, O. (2014). O Duplo: um estudo psicanalítico. Dublinense.
- Rezende, P. L. F. (2012) Implante coclear: normalização e resistência surda. CRV
- Shibboleth, Wikipedia, la enciclopedia libre. Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Shibboleth>.
- Skliar, C. (Org.). (2016). A Surdez: um olhar sobre as diferenças. Mediação.
- Solé, M. C. P. (2005). O sujeito surdo e a psicanálise: uma outra via de escuta. Porto Alegre: Editorial de la UFRGS.
- Souza, M. W. de L. (2021). O inconsciente e a Língua de Sinais: a (não)exclusividade da dimensão sonora na constituição do sujeito. Tesis doctoral, Universidad Federal de Minas Gerais, Minas Gerais.
- Stokoe, W. 1960. Sign Language Structure: An outline of the visual communication systems of the American deaf. Studies in Linguistics, n8, University of Buffalo.
- Strobel, K. (2009). As imagens do outro sobre a cultura surda. Editorial de la UFSC.
- Trachtenberg, R. (2013). Cesuras e des-cesuras: as fronteiras da (na) complexidade. Revista Brasileira de Psicanálise, 47(2), 55-66. Recuperado el 13 de marzo de 2023, de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-641X2013000200006&lng=pt&tlng=pt.
- Wrigley, O. (1997). The Politics of Deafness. Gallaudet University Press.